

algo á su madre, que bien lo necesitaba; murióse el padre de un tabardillo, porque la holganza y el buen pesebre le tenían hecho un odre y algo picado á la bebida; creció la muchachuela y se hizo una moza regular y de buen aire; tomóle tal cual á su lado la madre... y hasta hoy como la espuma. Ambas saben que viene este verano su sobrino de usted, y afirman que se hospedaré en su casa cuando pare en Villavieja, y que, como las quiere tanto... «¿quién sabe lo que podrá suceder?» Conque sírvale á usted todo ello de gobierno: lo uno, para su satisfacción, y lo otro por si se ha pensado en preparar cuarto al mejicanillo en Peleches.

»Hablando ahora en serio otra vez, añado á lo dicho sobre las mujeres *de tono* de Villavieja, que tienen para exhibirse en toda su pomposidad, cuatro bailes *de tabla* al año; uno, el más solemne, el tradicional del Ayuntamiento el día de la Patrona de la villa, y tres en el Casino, dos de ellos en carnaval y uno en pascua de Resurrección. Todos de sala y con larga cola, no de vestidos, sino de disgustos; en unas, por-

que no fueron invitadas; en las invitadas, porque no debieron serlo muchas «cursis» que lo fueron. Lo propio sucede cuando en el Casino hay veladas artístico-literarias y leen los chicos poetas de la localidad, y tocan el piano las señoritas que lo entienden. Siempre quedan detrás de la fiesta ocho días largos de murmuraciones y disgustos. Por eso, si bien se mira, donde mejor lo pasa durante el invierno la juventud de ambos sexos, es en las reuniones que dan en competencia las Escribanas y las de Codillo, y, á veces, las Corvejonas. Cada cual de ellas invita á «sus relaciones» y nadie tiene derecho á quejarse si no es invitado ni «relación» de la casa. Los paseos de moda son, en invierno y con mal tiempo, los Arcos de la plaza, y con sol, la Chopera de la Campada; en el verano, los mismos Arcos en el primer caso, y en el segundo la Glorieta de la Costanilla, el mejor paseo de Villavieja, como usted sabe, porque le tiene casi lindero de Peleches, dominando la playa y el mar por una parte, por la otra la vega y por la otra la villa; y no domina por la cuarta, es decir

por el Sur tanto como por la opuesta, porque allí está Pelechés que lo domina todo, incluso la Glorieta.

»Las horas de tono en todas las estaciones del año para pasear las señoras, son las últimas de la tarde y á la salida de misa mayor en los días festivos... En los días de trabajo no se pasea: se calleja por la villa con cualquier pretexto, ó *se anda*, como los simples mortales, por donde se quiere ó se puede.

»Como eterna protesta contra todos estos ceremoniales de similar, quedan míseros restos de aquellas pocas familias de relativo abolengo, que en tiempos de nuestra juventud eran gala y ornato de la villa. Se complacen en asistir de trapillo adonde estén las otras muy emperejiladas, ó en no asistir de ningún modo, como á sus bailes, ó en andar muy majas en sitios y á horas diferentes. Así protestan; pero no triunfan, porque la ley de los más se impone al cabo.

»Se va extendiendo demasiado esta carta, y aun me resta hablar á usted de los hombres; no mucho, porque habría de suce-

derle á usted con los que bullen y «dan el tono», lo propio que con las hembras equivalentes: no los conocería por más que se los fuera citando uno á uno. Hay *clases*, también, y *distinguidos* y *cursis* entre ellos, y distancias, por tanto, que se guardan hasta en el Casino diariamente. Esto le baste, que mundo y habilidad y cacumen le sobran á usted para deducir el resto.

»El Casino es el *alma mater* de todos ellos. Allí van á parar los más altos y los más bajos, los *cursis* y los *distinguidos*, de día y de noche; y si en el establecimiento no se ha puesto una tachuela desde que usted le conoció (donde aún continúa, encima del *Bazar del Papagayo*), no es por falta de concurrentes abonados, sino porque, más ó menos *distinguidos*, todos los que van pasando por allí son de madera villavejana, que ya sabe usted la virtud que tiene en esto de dejar que las cosas se acaben por sí mismas, aunque no falta quien afirma que en el *comfort* de la casa se gastaría algo más si se jugara algo menos, y no tan á menudo, en la famosa *leonera*, escondrijo

de la sociedad donde los socios se despluman á diario como unos caballeros.

»Ya le indiqué á usted de pasada que había chicos poetas aquí que leían en ciertas veladas. Es la verdad; y también bullen y peroran en los soportales de la plaza, y á la puerta de la Colegiata cuando entra ó sale la gente, y en la Glorieta, y en la Chopera, y en el Casino y donde quiera que haya público que los oiga. Han tenido hasta conatos de un periódico semanal; pero la falta de una imprenta en la villa les aguló la fiesta. A alguien de ellos se le ocurrió después hacerle autógrafo y reproducir los ejemplares con una prensa de copiar, como las usadas en el comercio, y así se hizo, con gran éxito y resonancia en toda la población.

»Comenzaba ya el periódico á producir disgustos entre muchas familias aludidas por los chicos, cuando llegó de la universidad, va á hacer un año ahora, Tinito *Maravillas*. Éste es un jovenzuelo chiquitín, paliducho y lacio, con gafas, pelo de ratón y patillitas transparentes. Usa á diario *chaquet* negro y bastón. Es hijo de un taber-

nero de aquí, algo levantisco, el cual se ha medio arruinado para darle la carrera, porque desde que Tinito (Agustín) comenzó á hablar, se le antojó á él que *sacaba* mucho talento y había de llegar á ser una maravilla, si se le educaba convenientemente. Tinito lo creyó así también, y por maravilla se tiene después de licenciado, y por maravilla le ha proclamado y le proclama su padre en la taberna y en todas partes, y *Maravillas* se le llama donde quiera. Pues este *Maravillas*, que se había hecho notar aquí en todas las temporadas de vacaciones, ahora es una barbaridad lo que destaca, particularmente entre sus contemporáneos, por lo que sabe y por su modo de pensar. A los chicos del periódico autógrafo los asustó. Villavieja necesitaba, en su lastimoso estado de modorra, algo más que coplas y chismografía. Él había escrito en revistas librepensadoras, de gran importancia, y sabía lo que eran esas cosas. Si querían su colaboración, no tenía inconveniente en prestarla, pero á condición de que el periódico fuera dirigido por él y saliera en letras de molde; lo cual no era

difícil imprimiéndole en la capital. La proposición sedujo, y en realizarla se anda desde entonces.

»Tinito habla poco, casi nada; pero se deja ver en todas partes, con la cabecita muy alta y en la cara una sonrisa entre compasiva y desdeñosa. No va á misa, por supuesto; y si se le pregunta por qué, hace un gestecillo como de asombro, sin dejar de sonreirse, y no responde más. Oye hablar de Dios, sonrisita; oye hablar de reyes, sonrisita; oye, en fin, hablar de todo lo corriente en los pueblos regidos por leyes, usos y costumbres á que estamos avezados usted y yo, sonrisita. A su padre se le cae la baba con estas cosas de Maravillas, sobre todo cuando le ve echar desprecios, á su modo, sobre el viejo resabio de «las clases», tan arraigado en Villavieja; y Maravillas, en tanto, teniendo á menos decir de quién es hijo, y pegándose como una lapa á lo que aquí se tiene por aristocracia de la población, que no sabe, á la hora presente, si temerle, si admirarle, ó si reirse de él; porque en Villavieja ha habido siempre muy poco entusiasmo por las ideas políti-

cas y filosóficas. Lo más exaltado de aquí no pasa todavía del progresismo histórico, tal como lo dejó el Duque de la Victoria al volverse á Logroño en 1856.

»Sin embargo, no ha predicado enteramente en desierto el joven apóstol desde que vino Licenciado de Madrid. Ya tiene algunos partidarios casi entusiastas, entre los mareantes y los zapateros, á quienes se digna hablar, de tarde en cuando, de Compte, de Büchner y de Lombroso, asegurándoles de pasada que él conoce hasta la última palabra de la ciencia experimental, escoba



y azote del viejo mundo teológico y metafísico.

»Yo creo que habría palos en el Casino, si á Maravillas le diera por hablar tan recio allí, porque solamente con la estampa y la sonrisita es ya una indigestión continua para ciertos y determinados temperamentos: uno de ellos el fiscal, de seguro: y muy probable, el hijo del boticario, que es atroz por lo sincero, por lo acelerado... y por lo forzado, y se pasa las horas muertas jugando al billar con el Ayudante de Marina que está siempre desocupado. No tiene otro vicio; pero un taco espantoso.

»El fiscal lleva en este juzgado cuatro años, y es un sujeto digno de estudio. Es aragonés, solterón y joyen todavía, pero algo acabado. Detesta la profesión tanto como á la villa, y ni siquiera trata de disimularlo. Las acusaciones suyas son dictorios y palizas contra todo lo que trae entre manos, hasta la ley, que no le da cuanto necesita para despacharse á su gusto. Para él no hay atenuantes ni eximentes. Siempre pide el máximum de la pena para toda clase de delitos. Cuando habla de Villavieja, la

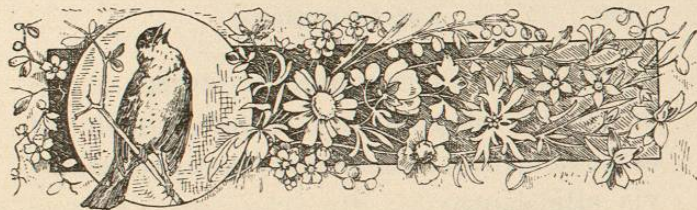
*acusa* del mismo modo, porque está deseando que le echen de la carrera y de aquí. Pone cada mote que no le levanta nadie, por lo bien que cae. Tiene talento y gracia y se deja querer, porque, después de todo, es un lagarto muy apreciable, hombre de bien y de trato muy ameno. Antes jugaba mucho al tresillo: ahora se le halla casi toda la noche y parte de la tarde fumando y tomando café en una mesa, cerca de la de billar, viendo como juegan el hijo del boticario y el Ayudante de Marina, hablando con ellos á su modo á ratos, y á ratos con dos abogados y un médico, jóvenes, de lo más culto y tratable que hay aquí, y conmigo, que solemos acompañarle...

»Para concluir, mi señor don Alejandro: continúan los cerdos revolcándose en las calles sin empedrar, y las gallinas picoteando el césped del encachado de la plaza; el casón histórico, llamado de *los Capellanes*, se desplomó en Abril del año pasado; está mal sostenido con puntales lo que queda del convento de Premostratenses; se va á apuntalar la fachada Norte de las Casas consistoriales, y en la calle del Cán-

como se abrió de repente una sima, tres años hizo en Febrero, y sin colmar se halla á la hora presente.

» Con esto y lo que se adivina, ya sabe usted de Villavieja casi tanto como su muy obligado y afectísimo amigo q. l. b. l. m.

» CLAUDIO FUERTES Y LEÓN. »



## V

## QUINCE DÍAS DESPUÉS

AQUELLA mañana madrugó don Alejandro casi tanto como el sol, y eso que era el de los días más largos del mes de Junio, de los «de por san Juan». No había pegado el ojo en toda la noche; y no por miedo á los ladrones ni por extrañar la cama, sino por la comezón de la pícara curiosidad, que le tuvo en vilo. Por si á Nieves le